

1.3. José Natividad Macías

Cortés Rocha, Xavier y Adolfo Rodríguez Gallardo (1999). *Visión de la universidad. Una visión plural*. México: UNAM. Pp. 63-76.

JOSÉ NATIVIDAD
MACÍAS
(1857-1948)

Semblanza biográfica

Nace en Silao, Guanajuato, el 8 de septiembre de 1857 y muere en la Ciudad de México. Licenciado en Derecho por la Escuela Nacional de Jurisprudencia (1894) de la que fue director al triunfo del carrancismo. Diputado federal en la última legislatura del porfiriato (1809-1911) y, por el Partido Antirreeleccionista a la XXVI Legislatura (1911-1913). Cuando ésta fue disuelta por Victoriano Huerta, fue encarcelado en la Penitenciaría del Distrito Federal. Se unió al constitucionalismo como colaborador de V. Carranza y asistió a la Convención de Aguascalientes. Tuvo una destacada labor en la elaboración de la Constitución Política de 1917. Rector de la Universidad Nacional de México del 1º de julio de 1915 al 22 de noviembre de 1916 y por segunda vez del 3 de mayo de 1917 al 7 de mayo de 1920 •

*Discurso
pronunciado por el rector de la
Universidad Nacional de México,
señor licenciado J. N. Macías
el día 22, al celebrarse
el VII Aniversario de la fundación
de la Universidad¹*

Cuando los pueblos empezaron a organizarse, a raíz de su salida del estado salvaje, surgió desde luego en ellos la necesidad imperiosa de atender a la conservación de su existencia vívamente combatida, tanto por la naturaleza agreste y amenazante que por todas partes los rodeaba, como por los otros pueblos instalados en la cercanía de la ciudad naciente.

Esa necesidad, al satisfacerse, crió ideas, creencias, aspiraciones y tendencias que formaron el vínculo de unión entre las unidades sociales y que, al constituirse y arraigarse en usos y costumbres en el transcurso de los tiempos, vinieron a formar la conciencia colectiva, es decir, el alma nacional, punto de partida de su proceso evolutivo.

El medio natural y único de alcanzar tamaño resultado, sin el que la vida social habría sido imposible, fue adaptar los diversos componentes del grupo humano al funcionamiento de la fuerza colectiva. El hombre primitivo, apenas salido de la selva era bastante débil y estaba casi, por no decir completamente, inerte para la lucha contra la rapacidad y el odio de los miembros de otras tribus.

Natural fue, por lo mismo, que cediendo más bien al instinto que obedeciendo a una idea directiva, casi imposible en inteligencias rudimentarias, las primeras adaptaciones sociales fueran imperfectas como lo son las primeras manifestaciones de la vida en los seres que forman la primera etapa de la formación orgánica, o de la fuerza de cohesión de los seres del mundo inorgánico.

El hombre primitivo, en su vida errante, o en sus primeros pasos hacia la civilización, fue puramente imaginativo; por lo mismo su primer esfuerzo hacia el desarrollo intelectual, tuvo que ser el desenvolvimiento espontáneo y enteramente libre de su imaginación; porque sin conocimiento de la naturaleza, ni mucho menos de sus leyes, dio cuerpo a las más extravagantes creaciones de su fantasía.

Fue, pues, el mito la primera concepción humana, porque mediante él, el hombre primitivo hizo la objetivación psicofísica de los

fenómenos que podía percibir, o, como dice Ribot, "humanizó la naturaleza, según los procedimientos propios de su imaginación". De esta suerte, la creación del mito, mientras duró su reinado, sirvió para todo y encerró en sí la religión, la poesía, la historia, la ciencia, la filosofía y la legislación. Pero el pensamiento humano no se detuvo en ésta, sino que su historia, desde que el hombre abandonó la vida salvaje hasta la civilización actual, ha recorrido todas las etapas que señala la ley de los tres estados formulada por Turgot y desenvuelta y demostrada por Comte, habiendo pasado del estado teológico al metafísico y de éste al positivo, en virtud de lo cual los dioses se han convertido en Dios, éste en la naturaleza, la naturaleza en una entidad pura y todo se ha sumergido en lo incognoscible. Los espectros de apariencias diversas han acabado por no formar sino un gran espectro y este último como una sombra vana, ve disipándose poco a poco a medida que sube al horizonte el sol de la ciencia.

Y en verdad la educación, que en relación con su alta finalidad no es ni puede ser más que el medio de adaptación del individuo a las necesidades y exigencias de la vida, tiene que estar incluida directa y profundamente por el concepto que el hombre se forma de la vida, de la sociedad y del mundo.

Desde el momento mismo en que las disciplinas científicas comenzaron a diferenciarse de los mitos y a separarse de la experiencia y generalizaciones vulgares, surgió la necesidad de aprender y con ella la de enseñar; se fundaron las escuelas científicas y religiosas, y sin duda alguna el desarrollo científico de los diversos pueblos influyó considerablemente en el desenvolvimiento de las demás actividades sociales; pues es un hecho bien sabido que todos los fenómenos que se advierten en la sociedad influyen unos sobre otros y la ciencia no es más que un fenómeno social que debe por fuerza influir en la política, en la religión y, en suma, en todas las manifestaciones psíquicas del hombre en la sociedad.

Pero no son los individuos aislados, ni las escuelas heterogéneas las que más influencia tienen en el desenvolvimiento progresivo de la sociedad: las ciencias todas se relacionan entre sí y solamente organizadas en un todo es como pueden ejercer una acción directa sobre la cultura de las sociedades y realizar una labor eficiente; por eso es por lo que los organismos científicos como todas las demás organizaciones sociales, mientras se hallan en el periodo ascendente de su evolución,

deben presentar dos caracteres esenciales: primero, una cohesión entre las partes que crecen gradualmente y es el contenido mismo de la evolución y, segundo, una independencia permanente entre los miembros mismos que facilite las evoluciones ulteriores. Estos defectos, que a primera vista parecen contradictorios, se armonizan perfectamente, porque no se trata de que los individuos se vean unidos orgánicamente por la cohesión, sino como miembros de la humanidad, unidos por un vínculo superorgánico, y, por tanto, esa cohesión es del todo compatible con una independencia relativa de los individuos.

Por esta razón la acción social de las corporaciones científicas no se percibe con toda claridad, ni se ve encaminada directamente hacia una finalidad definida, sino cuando, en pleno periodo teológico, después de haber salido del propiamente mítico, entre las tinieblas de la Edad Media, la sociedad entera se desquiciaba y hubo necesidad de que fuerzas muy poderosas detuvieran su desmoronamiento. El cristianismo, lazo común que dio fuerza a los intereses solidarios de Europa Occidental, no hubiera bastado por sí solo a detener la ruina de aquella sociedad, sin una acción científica que consolidara la unidad del dogma y con ella la del mundo cristiano; sin esa acción, el pensamiento desordenado e independiente, al fomentar la herejía y facilitar la creación de nuevas sectas, habría debilitado a la cristianidad y no hubiera logrado salvarla de su ruina. Los seminarios aislados, constituyendo diversas escuelas de ideas distintas, tampoco habrían servido para la realización de ese objeto, y fueron sin duda alguna las universidades, muy principalmente las de París y de Bolonia, las que unificando el pensamiento científico de la época, y orientándolo en el sentido de la teología cristiana, contribuyeron poderosamente a la organización de aquella sociedad. Tanto es así, que ya en esa misma época se comprendió perfectamente la influencia de las universidades, y, sin duda alguna, la lucha contra los albigenses, intentando detener la herejía, fue la causa de que se fundara la Universidad de Tolosa.

No es esto sólo, sino que la acción de las universidades tuvo también un carácter político, como fácilmente se comprende por la simple lectura de la historia de las antiguas universidades europeas que, sin duda alguna, contribuyeron poderosamente a la formación del concepto moderno del Estado, ya que del seno de aquéllas surgieron las ideas que habían de emancipar a los Estados de Europa Occidental

de la tutela, cuando menos teórica, que sobre ellos ejercía el imperio germánico, sucesor del romano.

Así, pues, durante toda esa época fue perfectamente clara y definida la acción social de las universidades: acariciaban un ideal religioso y político, y encaminaron a las sociedades de su época a la realización de éste. Más tarde, cuando se estableció en las universidades el estudio de los clásicos profanos, el individualismo de los autores griegos preparó un nuevo papel social a aquéllas, y el triunfo de la libertad religiosa y de la libertad de conciencia, independizó los conceptos científicos de los dogmas teológicos, como lo demuestra la atrevida afirmación de Hugo Grocio asentando la existencia del derecho natural independientemente de la divinidad: *etiamsi daremus, quod sine summo scelere dari non potest, non esse Deum*. Así, pues, las universidades salieron del periodo teológico para entrar de lleno al metafísico; mas la influencia social de las ciencias de la época no por eso dejó de ser perfectamente definida, pues las concepciones idealistas de las especulaciones de aquella época, orientadas en el sentido del derecho natural, de la moral absoluta, de la importancia exclusiva del individuo y de los estudios metafísicos abstractos, prepararon eficazmente el terreno para la transformación democrática de aquellas sociedades.

Posteriormente, el positivismo, con su método inductivo rigurosamente científico, con el grandioso impulso que dio a las ciencias naturales, con sus estudios históricos y sociológicos sobre los diversos grupos humanos y con el carácter de relatividad que descubrió en los principios éticos aceptados como absolutos en otras épocas, pareció condenar a las universidades y demás instituciones científicas a desempeñar un papel investigador solamente en el terreno de la ciencia pura; pero sin perseguir un ideal ético que les permitiera influir en el desarrollo de la sociedad: éste ha sido el defecto capital de la filosofía positivista que, por otra parte, no cabe duda que abrió horizontes nuevos a las investigaciones científicas, dio origen al método rigurosamente racional y desligando a la observación y a la experimentación de las influencias que sobre ellas ejercían las ideas teológicas o metafísicas preconcebidas, hizo que la humanidad entrara de lleno al estado positivo o científico. Mas semejante situación parecía llevarnos al postulado escueto de la ciencia por la ciencia; y si esta finalidad es perfectamente aceptable para los individuos, no lo es para la sociedad. La interdependencia de los fenómenos sociales exige imperiosa-

mente que la ciencia mejore a la sociedad, que coadyuve a la civilización no solamente por medio de los progresos en la vida material, sino que también impone a las corporaciones científicas la obligación de mostrar a las multitudes un ideal ético que pueda servirles de estrella polar, y la falta de este ideal es sin duda alguna la causa más importante de la decadencia prematura de la escuela positivista.

Durante la época que para las universidades podemos llamar teológica, el ideal era exclusivamente religioso y hacía atracción del individuo; en el periodo metafísico, el ideal era la justicia absoluta para beneficio del individuo y la libertad completa de éste, considerándolo como ser aislado, como entidad autónoma y olvidando que forma parte de ese gran todo que se llama humanidad; en el periodo rigurosamente positivista, desaparece como fantasma el ideal religioso, la importancia del individuo amengua, pues ya se mira en él sólo una célula social, se destruyeron ambos ideales y no se crea uno nuevo. En nuestros días aceptando el valor de las críticas positivistas, pero reconociendo la importancia que los viejos ideales tienen para la cultura de la humanidad, concibiendo que aun dentro del organismo la célula tiene vida propia y debe tener toda la independencia compatible con su misión dentro de aquél, debemos considerar como un ideal ético al hombre libre en el seno de la sociedad organizada: libre para desarrollar su acción con toda amplitud, pero encaminándola siempre de manera espontánea en favor de los intereses colectivos de la sociedad, de la cual, al mismo tiempo que unidad autónoma, es miembro subordinado que debe concurrir a la realización de los fines comunes.

Si tal es el concepto moderno de la finalidad humana, fácilmente se comprende la tarea que debe corresponder a la Universidad Nacional: desarrollar el espíritu científico de sus miembros de la manera más amplia, con absoluta independencia de las concepciones imaginativas de la religión y de la metafísica y sobre las sólidas bases de la observación y la experiencia metódicas, a fin de que puedan explorar con paso firme y seguro los nuevos horizontes que diariamente se abren a la investigación científica; sustituir a las generalizaciones fundadas en las ideas individuales, una síntesis filosófica basada en las más sólidas conclusiones de las disciplinas particulares, a fin de que los conocimientos formen un todo armónico y fuerte que capacite a los individuos para la lucha contra el error; emancipar a éstos por medio

de la ciencia y también por medio de ella convencerlos de que mientras mayor sea su libertad y más elevado su nivel intelectual, más deben considerarse como puestos al servicio de los intereses solidarios de la patria y de la humanidad, y por último desarrollar el carácter individual de tal manera que por la propia experiencia se persuadan de que la persecución constante de los ideales de libertad y solidaridad por medio del trabajo, el orden, la lealtad, el estudio y el sacrificio, tendrá por resultado el hacerlos dignos de llamarse hombres y miembros de una sociedad culta, siendo éste el único medio de realizar la misión que la existencia ha impuesto a todos los hombres.

De esta manera, la Universidad Nacional de México logrará dar a la sociedad individuos útiles, cuyos conocimientos científicos los capaciten para servirse a sí mismos y para colaborar debidamente en la cultura general; dotará a la patria de hijos abnegados que en los momentos difíciles sepan sacrificarse por ella de una manera consciente y espontánea, en la forma más provechosa posible, le dará políticos que no irán a los parlamentos y demás puestos públicos a satisfacer sus pasiones personales y a halagar su vanidad creyéndose aptos para funciones cuya esencia desconocen en lo absoluto, sino hombres públicos, que, conocedores de la sociedad, conscientes de la misión del Estado y de su funcionamiento y persuadidos de la ineludible obligación que tienen de coadyuvar al progreso social, se sacrifiquen espontánea y eficazmente en aras del bienestar colectivo, haciendo que podamos exclamar con Thiers: "No diré que la Universidad sea perfecta, pero creo que es superior, aun en moralidad, a los establecimientos que se le oponen."

Esto no significa que la Universidad pretenda formar una casta privilegiada de sabios, de políticos, al contrario, siendo la misión de la Universidad la realización de los ideales de verdad, de justicia y de libertad, deberá ser una divulgadora de ellos; las puertas de sus aulas se abrirán para todo el mundo, no sólo para los que en calidad de discípulos quieran ir a aprender, sino también para aquellos que, sintiéndose capaces de enseñar, quieran contribuir por su parte a la cultura general, convirtiéndose de esta suerte las aulas universitarias en una gigantesca tribuna desde la cual se lancen a los cuatro vientos las sonoras clarinadas que exciten a todos los hombres a lanzarse al asalto de la verdad y a la conquista de la virtud. En cada uno de sus maestros y en cada uno de sus discípulos, tendrá apóstoles que en el hogar, en

el taller, en la oficina y en los puestos públicos, vayan enseñando, con sus palabras y con sus ejemplos, que el cumplimiento del deber y el sacrificio en pro de los intereses colectivos son la garantía más segura de nuestros propios derechos. Y de esta suerte por medio de una extensión universitaria que no solamente nos ligue con los demás centros docentes del país y del extranjero, para beneficio de todos, sino que difunda la acción civilizadora de la Universidad en todas las clases sociales, será como contribuiremos de una manera eficaz, a la realización del principal ideal de la época presente: la democratización de la sociedad, pues la verdadera democracia sólo puede alcanzarse cuando en la conciencia de cada ciudadano se arraiga firmemente la convicción de que debe poner sus libertades, desarrollándolas en el mejor sentido posible, al servicio de la colectividad.

Para la realización de tan noble fin, la Universidad Nacional de México debe tener, y estoy seguro que tendrá, una amplia libertad de acción; porque de otro modo no podría inspirar a sus miembros amor por el ideal ético que se propone, que consiste en la más absoluta libertad individual, dentro de una espontánea y estricta subordinación social, ni tampoco podría mostrarse ante los extraños como veraz en la predicación de sus doctrinas. Por otra parte, las circunstancias actuales exigen imperiosamente la autonomía de la Universidad, autonomía que se ha juzgado como necesaria en otros países, pues ya en otra ocasión Jourdain dijo:

En la situación de los espíritus y de las cosas, cuando el país se congratula del desarrollo de la enseñanza pública y que un deseo unánime tiende a hacer este desarrollo más rápido y general, no sería de una cuerda política rebajar el gran servicio de la educación nacional a la categoría de una simple dirección confundida con los otros servicios del Ministerio del Interior: El título mismo de gran maestro conservado al jefe de la Universidad, no bastaría para darle la independencia, ascendiente y prestigio que su misión engrandecida debe conferirle en lo sucesivo. Ya separada de los asuntos eclesiásticos, ya reunida a ellos, la instrucción pública reclama en los asuntos del Gobierno una representación propia que ella posee ya, y que no perderá nunca.

Estas palabras, que parecen ser inspiradas en la situación actual de nuestra Universidad, deben ser para nosotros un aliento y una esperanza, pues así como Jourdain decía que la instrucción pública en Francia no perdería jamás la representación propia que ya tenía, así

nosotros podemos asegurar que la Universidad Nacional de México tampoco perderá la libertad de que ya goza, porque esta libertad ha venido incluida en el conjunto de libertades que nos ha ofrecido la Revolución Constitucionalista, es una promesa del jefe mismo de esta Revolución, hombre de gran energía, conocedor profundo de las necesidades públicas; un hecho realizado por la legislación preconstitucional, confirmado por la iniciativa que el C. presidente de la República, en el cumplimiento de la palabra solemnemente comprometida, ha presentado al Congreso Nacional.

Vosotros mismos habéis defendido enérgicamente en el seno del Congreso de la Unión la existencia autónoma de la Universidad, y este hecho, por sí solo, viene a demostrar que la Universidad vive y que tiene las energías necesarias para subsistir.

Es verdad que en este camino la Universidad encontrará obstáculos para vencer, preocupaciones que combatir y errores que disipar; pero la verdad es triunfadora y al fin se impondrá por la fuerza misma de las cosas ya sea hoy o mañana o poco más tarde; porque como dijo el gran filósofo Séneca:

El bien es grandemente atractivo, y su semilla es siempre fecunda y no tarda en encontrar corazones generosos e inteligencia apasionada que la hagan fructificar; porque en el fondo del corazón del hombre hay una tendencia que lo arrastra irresistiblemente hacia lo noble y grande.

Solamente los pueblos que han quedado paralizados en la vida del progreso, que han perdido todo amor por lo que eleva a la humanidad y todo entusiasmo por la realización del bien, pueden complacerse en oponerse a la implantación a una idea de mejoramiento, dándose por satisfecho con las sensaciones de la bestia y con los bajos placeres del hombre primitivo.

Así pues, la Universidad Nacional vivirá, aumentará la representación que ya posee, traerá a su seno los establecimientos científicos que le hacen falta para realizar la alta misión cultural que la sociedad le impone; y si esto no se consigue, los fundará por sí misma, puesto que será preciso que dé un ejemplo patente de perseverancia en el cumplimiento del deber.

Una universidad que no cuenta con todos los establecimientos de investigación científica, es una universidad que no merece ese nombre, o, en otros términos, es una universidad que no tiene tal carácter.

Una universidad trunca e incompleta es la manifestación de un pueblo pobre o de un pueblo inconsciente; porque si en el orden político la descentralización de las funciones administrativas es un medio de obtener el equilibrio social, tratándose de la función educativa de las unidades sociales ella sería esencialmente perjudicial; pues los esfuerzos para obtener la adaptación de los individuos a los fines colectivos, deben ser de unificación y coordinación, y esto no puede conseguirse si no se constituye un solo organismo encargado de realizarlos.

Una vez conseguida esa autonomía, indispensable para la realización de la misión social de la Universidad, será preciso que ésta demuestre que sabe hacer uso de esa libertad, y para ello, los profesores y alumnos universitarios deberán tener la constante y perpetua voluntad de realizar el alto fin educativo de la institución, que, como se dijo en adaptar al individuo a las necesidades y exigencias de la vida moderna.

La Universidad, teológica al principio, metafísica después, debe ser hoy eminentemente científica en sus procedimientos y esencialmente social en sus fines, porque, volveré a decirlo, su misión es divulgar las ciencias de la mejor manera para lograr el bien de la colectividad, elevando el nivel intelectual, moral y estético de la vida de los hombres.

Señores profesores universitarios: la patria está reclamando imperiosamente todos vuestros esfuerzos en pro de la reconstrucción nacional y os ha confiado sus más bellas esperanzas; vosotros sois los que debéis formar a los hombres de mañana y debéis entregarlos a la sociedad convertidos en ciudadanos útiles y dignos, capaces de enfrentarse con los más arduos problemas de la vida y deseosos de sacrificarse por el bienestar colectivo. Los medios que tenéis para la realización de tan trascendental tarea, vuestra cultura os lo dicta: no son ni pueden ser otros que sustituir a los viejos métodos mnemotécnicos de enseñanza, que obligan a los alumnos a terribles esfuerzos de memoria pero sin capacitarlos para adquirir la verdad por sí mismos; los métodos modernos pedagógicos que consisten en que el maestro se convierta en un guía que conduzca al alumno por las religiones de la verdad, haciendo que éste adquiera por sí mismo los principios científicos que su propia experiencia le enseñe y los asimile de tal manera que los convierta en una parte del contenido de su propia conciencia; no son ni pueden ser de otros que educar al mismo tiempo de instruir, formando al carácter de los alumnos, mediante el desarrollo de la atención, la reflexión, el juicio, la iniciativa, la disciplina, el espíritu de

solidaridad, la perseverancia y la voluntad; y como la educación en este sentido sólo se consigue convirtiendo los actos conscientes en inconscientes, cuidaréis de enseñar con vuestros ejemplos, con vuestras doctrinas y con vuestros métodos pedagógicos, la manera de observar las ventajas de la disciplina, de la solidaridad, del espíritu de decisión y de los opimos frutos que produce el desarrollo de la perseverancia y de la voluntad.

Ya habéis entrado por este camino, vuestros esfuerzos no han pasado inadvertidos; seguid, pues, por la misma senda, y la patria os quedará agradecida.

Y vosotros jóvenes alumnos, que acudís ansiosos a las aulas en busca de la ciencia, no alentéis exclusivamente el ideal de aprender lo que otros ya investigaron, acariciad la ambición de descubrir por vosotros mismos la verdad; mas comprended que para ello, se hace indispensable que disciplinéis vuestra inteligencia y vuestra voluntad, que sigáis paso a paso el camino de lo verdadero, a fin de que, no por querer caminar más de prisa, caigáis en el abismo del error; que penséis constantemente en que la verdad es fugitiva y que cuando se cree haberla alcanzado, se nos escapa nuevamente, obligándonos a emprender una nueva carrera en su persecución, por lo cual se hace indispensable un carácter firme que nos sostenga en esa perpetua carrera; y, sobre todo, no olvidéis que el carácter sólo se forma por la repetición constante de los actos que tienden a desarrollar la disciplina, la perseverancia y el espíritu de solidaridad.

Vosotros sois los que el día de mañana tendréis a vuestro cargo en todos los órdenes de actividades el porvenir de la patria; a vosotros toca desarrollar esas riquezas materiales y morales y organizar la acción de todas las fuerzas sociales, para convertir a la nación en un país rico por sus inagotables recursos, fuerte por el carácter de sus habitantes, grande por el sabio funcionamiento de sus diferentes miembros. Comprended lo grandioso de vuestra tarea, convenceos de que sólo la virtud y el saber os pueden ayudar a realizar la obra, y cuando veáis coronados vuestros esfuerzos, recordad que vuestra ciencia, vuestro carácter y vuestra virtud la habéis adquirido en esta Universidad Nacional, consagradle vuestra gratitud inmensa y vuestro amor infinito y poned al servicio de ella todas vuestras energías, para que siga siendo la estrella polar que muestre a la sociedad como un ideal la libertad completa del individuo en el seno de la sociedad organizada.